



Un manifiesto por la Tierra

GONZALO BARRIENTOS ALFAGEME

Es imposible resumir en poco espacio un simple esbozo de las relaciones entre el hombre y la naturaleza en Extremadura. Pero cuando se me han ofrecido por vez primera las páginas de tan noble institución, he creído mi obligación hacer profesión de fe de mi trabajo y preocupación cotidiana: tratar de comprender al hombre en la tierra, y quiero poner todo el énfasis en la preposición “en”. Porque no se debe olvidar que es el hombre quien decide su interés o desinterés por la naturaleza; que tanto si se integra armónicamente en ella, como si lesiona sus equilibrios y mecanismos reguladores, es parte integrante de ella. *“La tierra no pertenece al hombre, sino el hombre a la tierra”*¹. Hay en efecto una parte de la ciencia que se ocupa de ese diálogo entre uno de los componentes (uno más por importante que se considere a sí mismo) y el todo, porque se trata de una relación inevitablemente recíproca aunque tal vez debiera interpretarse como un monólogo: es la ciencia que llamamos Geografía. Por eso nos parece imprescindible una pincelada geográfica siempre que se acometa el estudio de la naturaleza y he de referirme ahora al espacio regional. Es cierto que la Naturaleza es indivisible y que, al menos en el ámbito planetario terres-

1 Del Mensaje del Gran Jefe Seattle, de la tribu Dewamish, al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica Franklin Pierce (1855).

tre, el concepto de globalización adquiere todo su significado: nada de lo que sucede en cualquier punto de la naturaleza es irrelevante para el resto. Pero hemos de admitir que sea necesario fragmentar su conocimiento y aun atender la demanda territorial de los individuos, es decir, la atención a la porción de naturaleza en la que desarrollan su leve biografía. Porque a pesar y por la acción humana sobre la naturaleza, no es ésta la que está en peligro: es la misma y sola la existencia del hombre la amenazada².

Hoy mis objetivos responden al propósito de valorar la naturaleza extremeña en función de sus características excepcionales. De ese modo se convierte en uno de los mayores potenciales económicos de futuro en el ámbito de una sociedad postindustrial. Pero tan importante como señalar el valor de nuestra naturaleza es la necesidad de valorar el coste que ha supuesto y supone mantenerla en todo su valor. No disponemos gratuitamente de la muestra más valiosa del bosque mediterráneo; no hemos logrado gratuitamente nuestra riqueza y diversidad faunística y florística; no disponemos de nuestro patrimonio histórico, antropológico y natural gracias al esfuerzo de nadie ajeno a nosotros. Muy al contrario. Nuestra riqueza actual es el resultado de haber pagado por ella un altísimo precio.

No es el más pequeño el que del millón y medio de extremeños que existen en el mundo sólo puedan vivir en Extremadura pocos más de novecientos mil. No es el más pequeño de ellos el que seamos la Comunidad Autónoma con menos infraestructuras de comunicación por habitante. No es el más pequeño el bajísimo índice de inversión pública y privada. No es el menor el elevado índice de perifericidad y el escaso peso político en el Estado. En la última información regional recibida de Europa, nuestro producto interior bruto apenas alcanza el 61 por ciento de la media de los veinticinco Estados miembros..

El director General de Medio Ambiente de la Junta de Extremadura, en su comparecencia ante la Asamblea el pasado 19 de diciembre, afirma según la cita textual del Diario Hoy Digital de 20-12-05: Para Guillermo Crespo por contra, una región que con el ocho por ciento de la superficie nacional produce sólo el 0,12 por ciento de las emisiones contaminantes «tiene no la obligación, pero sí el derecho a contaminar como los demás». Lo que me recordó las palabras de cierto persistente líder regional en la campaña electoral de 1978, considerando que si Extremadura “disfrutara” de la contaminación de ciertas regiones españolas y europeas, los extremeños no se habrían visto obligados a emigrar. Lo que no por demagógico deja de ser cierto.

2 Jasa y Castells. F. (1973): *La naturaleza. el medio ambiente y la salud*; Discurso leído con motivo de la recepción en la “Real Academia de Medicina de Barcelona”.

Me gustaría detenerme pausadamente y contemplar la historia de la relación del hombre con la naturaleza en Extremadura, pero creo que sería demasiada empresa para la impedimenta de esta oportunidad. Daremos, pues, algunas pinceladas.

Podría interpretarse como la historia, devenir o trayectoria del enfrentamiento de dos fuerzas antagónicas, lo que no se corresponde con la realidad por cuanto el hombre no es sino uno de los numerosos componentes de la naturaleza, de manera que el funcionamiento normal y lógico no es de enfrentamiento, sino de coordinación. Podría, tal vez, plantearse como la historia de un equilibrio en el que cada elemento posee un peso que ha de mantener para el armonioso funcionamiento del todo. Pero nos hallamos ante una relación en que el todo y cada una de sus partes poseen trayectorias individuales y autónomas en un tramo importante de sus existencias. Un cambio repercute en una reacción que puede ser de simple o de compleja adaptación y, por tanto, de cambios más o menos extensos. En ese proceso hay partes que sucumben porque su velocidad de adaptación no llega a conectar con el ritmo del cambio. Y desde luego, no todas las partes poseen el mismo peso en el funcionamiento del conjunto. En la evolución mil millonaria del planeta Tierra, la especie humana ha adquirido un peso desmedido, en un tiempo record, merced a su capacidad para incorporar técnicas artificiosas. Y ese peso, precisamente, ha sido determinante para aumentar su influencia sobre el conjunto, tanto cualitativa como cuantitativamente. Hasta tal punto, que se vislumbra la hipótesis de la existencia autónoma de esa parte del todo que llamamos especie humana. La disponibilidad de agua y de energía posibilita al hombre para crear habitats artificiales independientes de cualquier otro componente que no sea su conocimiento tecnológico.

De este modo la especie humana se ha concentrado en hormigueros o ciudades donde ha desaparecido la vegetación y la fauna. Apenas una pequeña función decorativa u ornamental, pero carente de toda relación de colaboración mutua. Sabe el hombre que necesita alimentos vegetales y animales, pero jamás ha visto ni tiene la menor idea de cultivar, apacentar, cazar, pescar o transformar. Para eso se ha especializado y su alimentación apenas representa un quince por ciento de su esfuerzo y menos aún de sus preocupaciones. Pero tampoco esa parte del todo que llamamos humanidad funciona con homogeneidad y uniformidad. Hay grupos que utilizan la tecnología con intensidades y eficacias muy diversas. Hoy nos referimos a este fragmento de la Península Ibérica que apenas representa la decimocuarta parte de ella y está ocupada por menos de la trigésima parte de sus habitantes. Un territorio donde la ciudad más grande es todavía muy pequeña y donde aún no es extraño encontrar espacios cubiertos de vegetación, incluso espontánea, y animales silvestres. Más aún, donde todavía muchos hombres se ocupan en esa tarea 'residual' de obtener ali-

mentos de la tierra y de los animales. Extraña tierra por cuyas cualidades es considerada una tierra pobre y atrasada.

Desde que existe posibilidad de memoria ha sido esta una tierra con suficientes recursos para sus habitantes: frutos variados y abundantes, pastos y caza generosos, peces en sus ríos y charcas. Los cambios de clima en el pleistoceno y las pulsaciones estacionales hicieron de esta tierra un camino frecuentado por los herbívoros y los animales migratorios. El hombre se adaptó a ese camino a veces usando la violencia y se adueñó una y otra vez del espacio desplazando a los ocupantes anteriores. Las tierras camineras son propicias para el establecimiento de oligarquías dominantes y poblaciones sometidas, por lo que la lucha contra el opresor se convirtió en un modo de vida para los habitantes de esta tierra. Pero ay, cuando le sonreía la victoria se había convertido imperceptiblemente en opresor. Y así el hombre se adueñó de la tierra y del trabajo de los oprimidos: el precio de la “protección”.

En otras partes no muy lejanas se crearon modelos de convivencia más complejos, ajenos a las relaciones de dependencia, y aparecieron sociedades sin opresores tan rudimentarios, con lo que la energía se utilizó para producir bienes más atractivos que la mera supervivencia. Bienes intermedios para aliviar el esfuerzo, como herramientas y máquinas. Bienes de fabricación masiva y de muy bajo coste, como ropa y alimentos. Bienes para el esparcimiento, como la cultura, el deporte y la diversión. Estas sociedades se hicieron más atractivas y se convirtieron en el modelo y objetivo de todas las demás. En ellas se fue concentrando la población procedente de las otras regiones a costa de renunciar a las actividades originales de su relación con la naturaleza. Y será en ellas donde aparecerá, como un producto más de consumo, esa nostalgia de los bienes perdidos y añorados. Es entonces cuando los procesos de difusión intelectual, rápidos y baratos, hacen aparecer o reaparecer el valor de las regiones pobres. El tesoro escondido que contiene las claves del origen de los hombres y de la garantía de su supervivencia. Un tesoro guardado casi virgen a costa de un precio muy alto: el precio de la desigualdad, de la injusticia, de la despoblación, del retraso, de la pobreza. Un precio que se manifiesta en el bajo nivel cultural, en la debilidad de las infraestructuras, en la carestía relativa de los servicios por la escasa población abastecida y su dispersión territorial. Es muchísimo más cara una medicina, un periódico, un maestro, un asistente social, un enfermero, un análisis, un hospital, un policía, un cine, un café, una carta y tantas otras cosas, en las regiones pobres que en las ricas.

Esa diferencia de coste es el precio que tiene nuestra naturaleza incólume. Ese es el precio que venimos pagando desde el principio de la historia, que seguimos pagando y que algunos pretenden que sigamos pagando indefinidamente. Esos que pretenden disfrutar gratuitamente de nuestro tesoro sin participar en el altísimo pre-

cio que estamos pagando por él. En realidad no nos diferenciamos tanto de las tribus amazónicas a quienes la fuerza del mercado puede llegar a aniquilar o a proteger según convenga a la cotización de la soja, el caucho, el café, el tabaco o el ocio.

¿Cuál es el valor monetario de viajar a menos de la mitad de velocidad media (o tardar el doble de tiempo para recorrer la misma distancia) por carretera? ¿Cuánto vale tener un sistema ferroviario que no alcanza el veinte por ciento de ninguno de los estándares medios nacionales? ¿Tiene algún valor conservar viviendas sin agua corriente, sin retrete, sin calefacción? ¿Alguien cree que nuestras pequeñas ciudades se mantienen con su fisonomía medieval porque nuestros antepasados estaban dotados de una excepcional sensibilidad artística? No, a todos nos gusta una vivienda amplia, con luz abundante y vistas despejadas, sin escaleras, sin cambios térmicos bruscos, cálida en invierno y fresca en verano. Y también nos gusta a todos que el coste de la vivienda, de la energía, del transporte, de los servicios, sea lo más bajo posible. Hemos fabricado una situación esquizofrénica en la relación con la naturaleza cuya solución, si es que existe, está mucho más cerca de nuestra pobreza que de nuestro despilfarro. Insisto en el 'nuestro' porque nos hemos convertido en nuestros propios opresores y cerramos los ojos a las soluciones porque éstas no proceden prioritariamente de otras sociedades, sino de nuestra propia cara oculta de consumismo, derroche y desinterés por lo colectivo. Esa es nuestra hipoteca y nuestra deuda histórica.

Desglosemos, a continuación, algunos aspectos sectoriales en esa relación, aplicada al espacio extremeño. Hemos de admitir, en primer lugar, que la delimitación de los espacios no tiene sino un alcance convencional y que hablamos, por lo tanto, de un territorio heterogéneo, con características diversas y encontradas a veces, y que estos caracteres no se ven modificados casi nunca al otro lado de la frontera administrativa actual.

El primer campo de análisis, en un esquema lógico, debe ser el de la obtención de recursos de la propia tierra. El hombre es una especie depredadora de la producción vegetal, de la fauna y de la gea. Recoge los frutos, caza y pesca los animales y utiliza rocas y minerales según las disponibilidades y sus necesidades. Creemos que el concepto de excedente aparece muy tardíamente asociado a la especialización. La evolución tecnológica provoca un crecimiento demográfico y una escasez de recursos. El hombre acabará recurriendo a la agricultura y a la ganadería, al sedentarismo y a la complejidad social. La revolución neolítica puede interpretarse como el fenómeno más violento en la relación del hombre con la naturaleza. Una violencia sólo mitigada por su implantación diacrónica prolongada en un tiempo muy dilatado, pero que no tiene parangón, creemos, ni siquiera con la eclosión del uso de las energías fósiles. Pero esta revolución no es un episodio monótono y homogéneo, sino

que presenta una diversidad extrema, en función de las técnicas, de los modelos socio culturales y de las oportunidades de la naturaleza. No es fácil ponerse de acuerdo en las dos primeras condiciones y tampoco es mi competencia. Pero la naturaleza ofrece una gran diversidad de climas y de suelos; unas aptitudes diferentes que generan diversos modelos de explotación.

El territorio extremeño se caracteriza por el predominio de los suelos poco profundos derivados del complejo esquistos grawáquico precámbrico y de los berrocales paleozoicos. Los relieves residuales del ordovícico y los desniveles alpinos no introducen sino mayores pendientes. Los pocos suelos jóvenes y profundos procedentes de cuencas sedimentarias continentales cenozoicas o de aportes fluviales, son zonas con drenajes torpes e insalubres. El paleo-extremeño descubre un modelo de explotación agraria original que hoy conocemos con el nombre medieval de “dehesa” (en portugués “montado”). En palabras de Martín Galindo se trata de un modelo de aprovechamiento agro-silvo-pastoril³ que se fundamenta en el bosque mediterráneo de quercíneas (*ilex rotundifoliae* y *suber*). El bosque proporciona protección para el suelo, humedad para los estratos herbáceo y arbustivo, sombra para el ganado, alimento para los hombres y los animales, madera para la construcción, corcho para el utillaje, madera y carbón para la cocina y la calefacción. Aclarando ligeramente el bosque se facilitan pequeños rodales para una agricultura itinerante y complementaria, así como un espacio expedito para el manejo de la ganadería. Cereales y leguminosas se convertirán en la base alimenticia transformados en harinas y piensos.

- 3 Martín Galindo, J. L. (1966): “La dehesa extremeña como tipo de explotación agraria”; *Estudios Geográficos*, XVII, 103, Págs. 157-127, CSIC, Madrid. “La gran finca extremeña es una creación humana sobre un suelo pobre y frente a un clima hostil. En ella se trata de armonizar, en difícil equilibrio, el aprovechamiento agrícola, ganadero y forestal de un espacio dotado de condiciones físicas poco flexibles”.

Las acciones estructurales comunitarias en España y sus comunidades autónomas. Periodo 2000-2006 Edición 2002: “Por lo que se refiere al aprovechamiento económico de estas condiciones naturales, el territorio extremeño se encuentra salpicado de ejemplos de usos sostenibles de los recursos en materia agroganadera, energética e industrial. Quizás el ejemplo más significativo sea el de la dehesa, un ecosistema antrópico complejo de componentes diversos (biofísicos, geológicos, faunísticos, botánicos, culturales etc.). Ligada directamente a la dehesa, se encuentra la ganadería extensiva orientada a la producción de carne sobre la base de razas autóctonas (merino, retinto, tronco ibérico) y con elementos diferenciado res desde el punto de vista comercial en términos de calidad. También asociado a la dehesa, el corcho es otra de las producciones características de Extremadura. que cuenta con 150.000 Has. de superficie de alcornoque, el 30,3% del total de la superficie cultivada a nivel nacional, con una producción anual media de 25.000 Tm. de corcho - el 30% de la producción española y el 10% de la mundial obtenida en unas 1.000 explotaciones distribuidas por toda la región, aunque destacan como principales zonas productoras la Sierra de San Pedro y las sierras del sudoeste de Badajoz”.

Será el paraíso de los caballos lusitanos, del vacuno retinto, del cerdo ibérico y de los merinos trashumantes y riberiegos. La dehesa es un descubrimiento de muy baja agresividad, pero cargado de limitaciones: exige un proyecto de producción extensiva y una baja densidad demográfica (en términos actuales).

El interés del modelo se ha visto profundamente modificado por el paso del tiempo. El bosque ya no es necesario para la construcción, ni se utiliza la leña ni el carbón en la calefacción y en la cocina. La bellota sólo es interesante para la alimentación del cerdo ibérico. El ganado de trabajo y de transporte ha perdido toda aplicación. La lana ha sido sustituida por el algodón y las fibras sintéticas. La baja productividad de los rodales agrícolas ha impuesto su abandono. La viabilidad económica de la dehesa puede considerarse periclitada y sólo protegida por su valor antropológico y biogeográfico, como un escalón próximo al bosque mediterráneo original. Nuevos usos alternativos tratan de recuperar la productividad como los estándares ganaderos de calidad basados en el retinto y el ibérico; la recuperación de la tradición quesera a partir de la oveja y de la cabra; la adaptación de actividades venatorias (hasta el exagerado y reciente extremo de la simulación de exóticos safaris). Por eso cobra hoy un sentido especial la exclamación del profesor I. Russel Smith⁴ “Si yo pretendiera ser desahogada y permanentemente rico-escribió Smith en 1916, en el artículo de cabecera del primer número de la *Geographical Review*-, buscaría para ello base firme en la tranquila posesión de algunos miles de acres de suelo portugués con una buena plantación de alcornoques (*Quercus suber*) y encinas (*Quercus ilex*) con su producción de corcho y cerdos”. Pero la felicidad y la contemplación placentera de tanta belleza requieren hoy, más que nunca tal vez, la premisa de vivir en 1916.

Por ello, la evolución técnica y social, junto a la diversidad de recursos, han hecho aparecer otro tipo de modelos, como la reforestación con especies de crecimiento rápido, la introducción de cruces ganaderos productivistas o la transformación en regadíos mediante fuertes inversiones en infraestructura. Con ligeras excepciones todas estas iniciativas han supuesto rotundos fracasos económicos, en parte por responder a intereses ajenos desconocedores de nuestros frágiles equilibrios, en parte por sometimiento a coyunturas transitorias de mercado, en parte por el ofuscamiento de una elevada productividad a corto plazo. Pero siempre por ignorar pautas de adecuación entre la naturaleza y el papel del hombre.

El hecho es que la sucesiva adopción de modelos en la explotación ha supuesto un permanente excedente demográfico que se viene manifestando documentalmente

4 J. D. Parsons (1966): “La economía de las montaneras en los encinares del suroeste de España”; *Estudios Geográficos*, Madrid, p. 327.

te desde la época prerromana en que ya disponemos de testimonios sobre la desigual estructura de la propiedad, así como de la presencia de desplazados del sistema productivo. El guerrillero, el bagauda, el mercenario, el conquistador, el bandolero, no son sino variedades perceptibles y percibidas de los que hoy entendemos por emigrantes en situación más o menos regularizada. No deja de ser curiosa la ausencia aparente del modelo semita de la hospitalidad.

El segundo aspecto que podemos considerar en esa dialéctica hombre - naturaleza es la construcción entendida en un sentido amplio. Efectivamente pueden contemplarse en su contenido la existencia de infraestructuras pasadas y presentes, el urbanismo como sistema, la vivienda a través de todo su escalafón social, desde el accesorio más rústico al palacio, incluso su carácter de actividad productiva. Se trata de un capítulo destacado en la relación del hombre con la naturaleza porque refleja la posición y categoría en que el ser humano sitúa las oportunidades y desafíos en que se debate su asentamiento. Constituye también un termómetro del precio que una sociedad paga, o del coste que supone su situación. Hemos definido a esta tierra como camino, paso o tránsito, con un origen en las migraciones estacionales de las aves y los herbívoros. Todavía se cazan tórtolas con redes interpuestas en sus itinerarios milenarios. Son líneas que unen los vados de los ríos y los puertos o escotaduras montañosas. A pesar de esos caminos meridianos, a pesar de las importantes y perpendiculares vías fluviales (Guadiana y Tajo), los caminos no se han transformado en vías. La excepción de Roma con las calzadas de Astorga, Zaragoza, Lisboa, Beja o Sevilla supuso el esplendor de Mérida. Episodio tan excepcional que dos mil años más tarde no pocas de las infraestructuras de transporte han conservado el mismo trazado y una estructura muy semejante. Desde entonces ha sido proverbial la lentitud y la dificultad del tránsito, la lejanía y la perifericidad, la presencia de bandoleros, la incertidumbre, en fin, de los itinerarios.

La llegada tardía del ferrocarril pone de manifiesto la ausencia de una jerarquía urbana consolidada y, por tanto, de una metrópolis regional. Predomina el espíritu provinciano de manera que el trayecto a Extremadura desde Madrid recorre los cuatro lados del rectángulo Madrid - Ciudad Real - Badajoz - Plasencia. Se lamentaban hace unos días los presidentes autonómicos de Madrid y Valencia de que las conexiones ferroviarias entre sus territorios eran 'tercermundistas'. Desde Extremadura eso nos parece simple sarcasmo. Sólo muy a finales del siglo XX culmina la primera vía rápida entre Madrid y Badajoz, probablemente por la exigencia europea de la conexión terrestre de Lisboa. En este momento hay fragmentos de otras autovías, pero ninguna terminada. Se habla de un tren de alta velocidad para 2010, pero podemos apostar sin miedo nuestra jubilación a que será más tarde.

La mayor dotación regional de infraestructura se produce en el campo de la hidráulica y la energía. Desde los romanos a los grandes regadíos del siglo veinte el territorio se ha cubierto de embalses, centrales hidroeléctricas y termoneucleares hasta el punto de que la energía se ha convertido casi en nuestro monocultivo industrial. Por sobre los ejes de comunicación y sobre las tierras regadas del Guadiana, el Tiétar y el Alagón - Arrago. Un sistema urbano compuesto de ciudades intermedias y pequeñas, sin las diseconomías generadas por la concentración. Una situación envidiable para las tendencias del siglo veintiuno, pero a costa de haber estado históricamente polarizados por Sevilla, Madrid y Salamanca. Ciudades cargadas de patrimonio histórico y arquitectónico porque, ancladas en el pasado, han carecido de la energía que requería la renovación y adaptación del caserío a los avances tecnológicos de los tiempos, como ha sucedido en otras regiones. Nosotros hacíamos y vivíamos el progreso lejos de aquí. Elevado precio el de nuestra riqueza.

Una riqueza que se manifiesta marcadamente en la vivienda tradicional. La técnica constructiva ha estado siempre condicionada por los materiales disponibles y sólo en ocasiones excepcionales por el suelo. Entramados de madera en tierras de castaños y robles; mamposterías de cuarcita, pizarra y granito en la inmensa mayoría del territorio; barro en ladrillos, tapial y adobe cuando escasea la piedra; cubiertas de teja, pizarra o brezo; vanos pequeños y dimensiones limitadas por el tamaño de las pequeñas vigas de encina. Viviendas en las que se proyecta la simbiosis del hombre y el ganado, cuando lo hay; que se sanea con cal y que, además de vivienda y cuadra, es corral y granero, factoría de abonos, almacén y despensa. Viviendas para una vida sin desperdicios en que absolutamente todo tiene un reciclado natural. Por supuesto sin agua corriente ni calefacción. Y sin embargo con excelentes condiciones térmicas y estudiada ventilación. Se combina el grosor de los muros y sus materiales con la altura del sol, los vientos dominantes, el hostigo del agua y la conservación de las cosechas y los alimentos. En alguna época de prosperidad se introdujeron servicios sanitarios y agua corriente; se sustituyó la cocina tradicional y muchas fachadas se cubrieron de azulejos. Y todos los que vivíamos en nuestras cómodas ciudades nos rasgamos las vestiduras: Era imperativo conservar aquel valiosísimo patrimonio sin deterioro estético; pero no queríamos pagar precio alguno por él. No es fácil calcular ese precio. Bastaría, tal vez, pasar una temporada en una de esas casas o, simplemente, intercambiar nuestro cómodo domicilio con uno de esos moradores de vivienda tradicional.

Porque no cabe duda de que la construcción es una actividad que no requiere una preparación especial. Cualquiera está capacitado para ser peón albañil: sólo se necesita fuerza física y dirección acertada. Probablemente ha sido la primera profesión ejercida por aquellos que fueron rechazados de la agricultura regional. Es uno

de los primeros refugios de todos los emigrantes de la historia y sigue siendo uno de los epígrafes profesionales destacados, por encima de las actividades industriales y ya cerca de las agrarias. Actividad que posibilita una señalada opacidad fiscal y que cada semana arrastra a millares de extremeños hacia otras regiones haciendo compatibles el jornal y el subsidio. Una emigración invisible que enmascara casi todas las estadísticas sociales y económicas. Y así podríamos seguir enumerando todas y cada una de las actividades productivas. Las industrias agropecuarias y su volatilidad; la producción energética y su incapacidad de generar valor añadido; la industria protegida y subvencionada (inis, sofis, sodis, corporaciones empresariales, cajas). La debilidad de los servicios, de calidad deficiente y casi siempre dependientes de la iniciativa pública. ¿Puede romperse el dilema que nos define como región pobre (la única española de objetivo uno en el equivalente de los actuales presupuestos) y como región rica por su respeto y conservación de los equilibrios naturales? Las técnicas al uso sobre desarrollo sostenible, Agenda veintiuno y promoción rural no inciden en los mismos errores del pasado. Pero eso es otro capítulo; hoy sólo pretendemos hacer una llamada a la reflexión, un manifiesto apasionado por una tierra que vamos a lograr no se nos vaya de las manos, como tantas veces en el pasado.